
Lo colectivo en el paisaje. Reflexiones sobre las tensiones socio espaciales en los entornos de las viviendas sociales

Romero, Marilina Beatriz
romero.marilina@gmail.com

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Arquitectura, Diseño y
Urbanismo. Centro Poiesis. Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
Argentina

Línea temática 1. Palabras, campo, marco

(Conceptos y términos en la definición teórica de las investigaciones)

Palabras clave

Paisaje, Espacios comunes, Vivienda social,
Colectivo, Complejidades

Resumen

La posibilidad de repensar ciertos conceptos es un ejercicio necesario para poder poner en palabras aquello que observamos, indagamos y cuestionamos de lo que nos rodea. Hacer foco en palabras rectoras, ideas fuerza, permite direccionar nuestra mirada. En ese sentido, y tomando como escenario el estudio de los espacios comunes en la vivienda social, desde su diseño, materialidad, conflictos, intereses, relación con y entre sus habitantes, entre otros aspectos, surge la necesidad de repensar el concepto tradicional de paisaje en este entorno, con el objetivo de lograr comprenderlo y poder así desarrollar herramientas que sean adecuadas al momento de intervenir en este tipo de espacio.

De esta manera, el concepto de paisaje del que se parte, empieza a verse cargado de significados, ya que no sólo comprende la extensión de un territorio, una vista o una composición exterior, sino que toma mayor complejidad cuando empezamos a entender las distintas tensiones que se suceden en el entorno de las viviendas sociales, donde la necesidad de uso de espacios abiertos con equipamientos comunes pasan a ser un requerimiento esencial para la vida de quienes habitan allí, como también la cuestión de situación de borde – tensión de la que son parte en relación al tejido urbano inmediato.

Tal es así que lo adosamos al concepto de colectivo, entendiendo el mismo como el conjunto de acciones humanas que interfieren, moldean, readaptan un espacio, generando cambios en el paisaje, aumentando la propia complejidad existente. En esa línea, se buscó una metodología de estudio que permitiese desmembrar los componentes de este término, para poder dar cuenta las posibilidades de intervención adecuadas.

Entender al paisaje en los espacios comunes desde la idea de lo colectivo, participativo, de las interrelaciones humanas, nos permite rever aquellas acciones que realizamos en este tipo de territorios. ¿Proyectamos para el colectivo o con el colectivo? ¿Están las distintas disciplinas preparadas para trabajar con el habitante en la complejidad de estos sectores? ¿Es posible pensar un paisaje colectivo de borde como respuesta a las tensiones? Poner en palabras aquello que se observa es una de las primeras acciones.

Escenario de estudio: Los espacios comunes de las viviendas sociales

Partiendo de la observación y análisis de los grandes espacios comunes de las viviendas sociales colectivas construidas dentro de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires desde un enfoque histórico, social y morfológico, surge el interés por repensar ciertos conceptos en torno a este escenario en particular, en relación a la percepción de una idea de paisaje en relación con las características propias de estos espacios, entendiendo a éstos como ámbitos

complejos de interrelación entre quienes habitan las viviendas sociales como así también los lazos o divisiones que se generan para con el tejido urbano que los rodea. Los espacios comunes de las viviendas sociales son territorios de oportunidad en los que es necesario trabajar entendiendo aquellos componentes que hacen de estos espacios los lugares de relación necesarios para el nuevo hábitat en comunidad de gran cantidad de familias que buscan consolidar su hogar.

Componentes de interés

Los espacios comunes son ámbitos donde se desarrolla la vida social de las familias que habitan el lugar, como así también espacios de expansión y de intercambio con el resto de la población, ya sea intra o extra conjunto. Es posible lograr un entendimiento de los distintos aspectos que conforman las características de estos espacios y cómo se relacionan entre sí a medida que los indagamos.

En cuanto al diseño de los entornos de las viviendas sociales, varias son las cuestiones que moldean estos espacios, desde la propia morfología arquitectónica de los conjuntos que sirve de límite o silueta que enmarca estos espacios, a los que muchas veces podríamos considerarlos intersticiales o residuales, ya que son producto de los perímetros que la propia edificación deja establecida, generando así áreas sin uso y de difícil acceso (Figura 1). En otros casos, el diseño venía de la mano de la búsqueda de nuevas formas en pos de generar espacios de encuentro, cuyas resoluciones no han sido del todo positivas. Tal como lo explica Manteola, (2021): 9, uno de los efectos adversos fueron los escasos recursos disponibles con los que se contaba para el diseño y materialización de estos espacios:

Los espacios públicos, en su forma y en sus usos fueron «moldeados» por los volúmenes construidos y con los escasos recursos disponibles (senderos de 1,20 m de ancho) se intentó generar lugares para estimular los encuentros comunitarios. En ese momento las propuestas de los Smithson, de Christofer Alexander, del *Team 10* abrieron nuevos temas urbanos como las calles elevadas, el cluster, los lugares intermedios, la peatonalidad, temas que inundaron nuestras mentes.

Otros casos en cambio, han sido propuestas de grandes espacios verdes con variada vegetación (como las áreas verdes comunes del conjunto Simón Bolívar, Nágera o Los Perales) que dan calidad ambiental y resuelven la necesidad de recreación de las familias.

En cuanto a la materialidad, es un punto que se relaciona con la gestión de mantenimiento que requieren estos espacios en función de la materialización elegida. Este es uno de los aspectos que define también la intensidad de uso

de los espacios y la calidad del paisaje generado, en cuanto según cómo estén configurados materialmente los equipamientos, senderos, accesos, áreas de juego, luminarias, sectores de descanso, entre otros, se requerirán un mayor o menor grado de mantenimiento. Esto se transforma en uno de los puntos críticos, ya que, por un lado, es muy común la mala calidad de construcción de estos espacios en función de la baja importancia que se les da, y por otro lado, usualmente los conjuntos de vivienda social carecen de la organización necesaria para lograr un correcto mantenimiento de sus áreas comunes, además de bajos ingresos, lo que genera inmediatamente un abandono de estos espacios.

Esto nos lleva a otro de los componentes, el social, que es uno de los grandes modificadores de estos espacios, ya que por un lado actúa la población que habita estos conjuntos, y por otro la que habita el tejido urbano de borde. Ambos grupos se interrelacionan y forman parte de los intereses en los entornos de las viviendas sociales, generando distintas tensiones que transforman y moldean el paisaje a partir de sus identidades, inequidades y tipos de apropiaciones del espacio.

Figura 1: Espacios residuales sin atención en el Conjunto Urbano Soldati



Autora: Marilina Romero

El concepto de paisaje

El término de paisaje, en cuanto se lo busca en el diccionario de la RAE, arroja estas definiciones:

- Parte de un territorio que puede ser observado desde un determinado lugar.
- Espacio natural admirable por su aspecto artístico.
- Pintura o dibujo que representa un paisaje (un espacio natural admirable).

Se percibe que el término engloba aspectos de calidad, naturaleza, admiración, estética, como así también la necesidad de estar ligado a la posición de un observador. Esto conduce a la pregunta sobre cómo se construye la idea de

paisaje en los espacios comunes de las viviendas sociales, teniendo en cuenta las diversas características antes mencionadas y sus complejidades. En ese sentido, se buscan definiciones que complementen, como el caso de Berjman, (2005): 9, donde a la necesidad de la posición (y presencia) del observador, se resalta la cuestión de las propias experiencias y vivencias: “El paisaje es una porción de mundo (sea natural o cultural) vista a través de nuestros ojos. (...) está cargada de significados y significaciones, de experiencias y vivencias, conforma nuestra memoria individual y colectiva de una sociedad.”

Ese observador que se vuelve a mencionar, construye una cierta intimidad con ese paisaje, tal como lo expresa Venegas Pérez (2013) en función de una mirada directa e indirecta:

Las formas del relieve construido, los volúmenes, las sombras, texturas y colores se perciben directamente y componen la primera imagen del paisaje. Los valores históricos, culturales y sociales, superpuestos a esa primera imagen elaborada, componen la segunda imagen del paisaje, y convierten a éste en un constructo intelectual.

Esto nos lleva a entender la importancia del paisaje como resultado vivencial de los propios habitantes, más teniendo en cuenta que sus propias experiencias están cargadas de historias, vulnerabilidades, necesidades y conflictos, en cuanto han sido testigos de procesos muchas veces traumáticos de relocalización. Demoy y Ferme, (2010): 23, hablan de esta complejidad y readaptación al nuevo hábitat como una metamorfosis en cuanto a sus cotidianidades:

Entendemos que para los pobladores de las villas la radicación requiere de un proceso complejo, que no debe reducirse a la mera adjudicación de la vivienda, porque implica –además de aspectos jurídicos – la transformación de toda una lógica de habitar; es decir, de una verdadera metamorfosis de las prácticas que implique un cambio en los medios económicos que genere esa transformación en las disposiciones del habitus.

Esto refuerza la cuestión de hablar de un paisaje que no sólo es lo observado, lo admirable de un territorio, sino también el producto de aquellas experiencias previas de quien lo habita, siendo en este caso ligado a las viviendas sociales, un paisaje que se construye desde las propias tensiones.

Tensiones en relación al uso de espacios

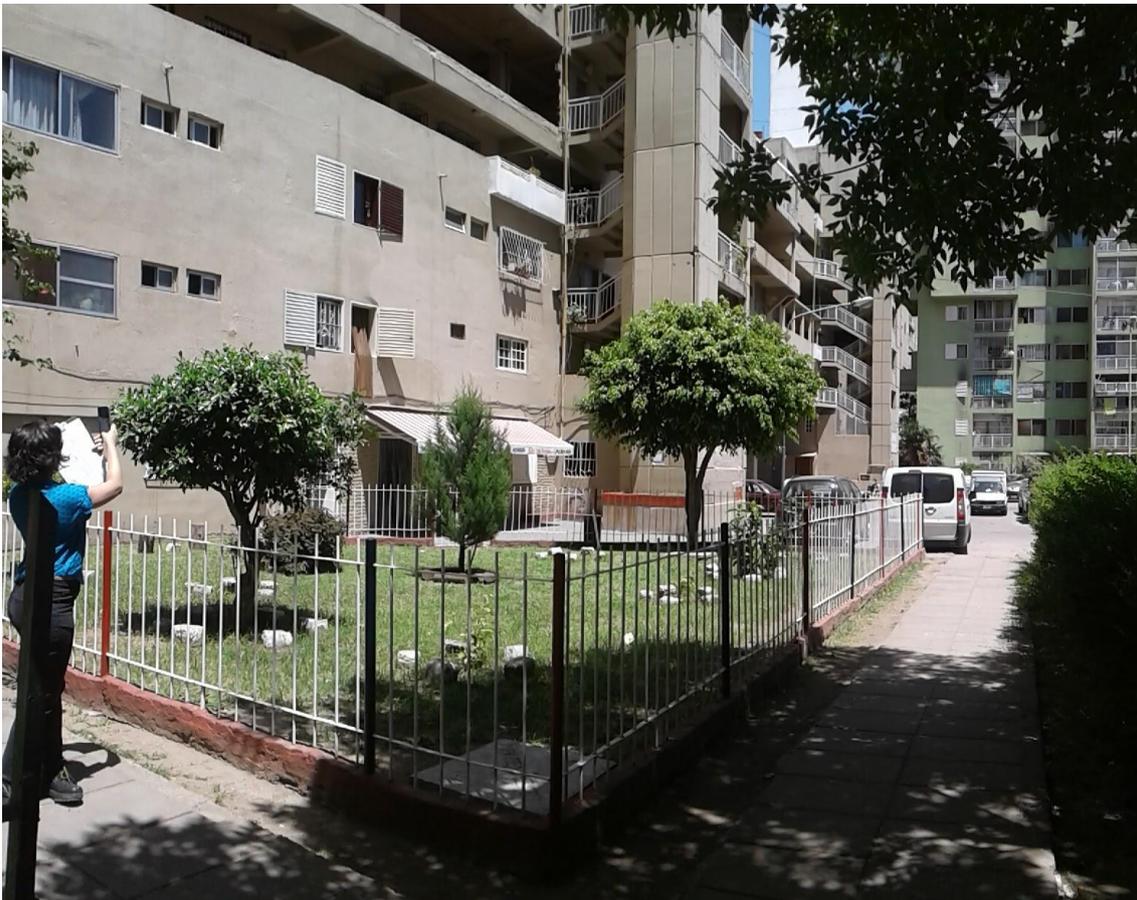
Al indagar detenidamente sobre las lógicas de uso de los espacios comunes de las viviendas sociales, se perciben tensiones ligadas a constantes transformaciones a causa de las necesidades de posesión, apropiación y

ampliación del espacio habitado, que actúa por encima de lo común, dejándolo vulnerable y desprovisto de acción de respuesta.

En algunos casos la demarcación de un sector, una ampliación de jardín, muestra el interés de ciertas familias por “colonizar” el espacio de alguna manera para sentir cierta apropiación e identificación del lugar, diferenciando lo público de lo privado, o tomando sectores de áreas verdes como propios mediante su mantenimiento. (Figura 2)

Estas pequeñas acciones tratan de llevar una imagen de domesticidad agradable a estos sectores que muchas veces carecen de ello.

Figura 2: Apropiaciones del espacio común en el Conjunto Urbano Soldati



Autora: Marilina Romero

Pero otras veces, las necesidades en cuanto a resolver las economías familiares, transforma las plantas bajas de los conjuntos en comercios espontáneos y sin planificación alguna. Todo aquel conjunto que no haya

resuelto al detalle cada espacio en cuanto a lo arquitectónico, termina siendo rápidamente modificado por la población que busca atender sus necesidades de trabajo, lo que en un futuro inmediato complejiza las precarias infraestructuras que no estaban preparadas para ello.

En cuanto al crecimiento poblacional y el hacinamiento, las familias que no pueden mudarse a viviendas más grandes, terminan ampliando rápidamente los espacios internos, llegando a ocupar parte de los espacios comunes exteriores con estas ampliaciones, generando así tensiones sociales con el resto del barrio. (Figura 3)

Figura 3: Apropiaciones del espacio común en el Conjunto Urbano Soldati



Autora: Marilina Romero

Nuevamente el espacio común es fácilmente vulnerado y la falta de regulaciones desde lo consorcial y administrativo en el orden gubernamental acompaña la pérdida de calidad de estos lugares.

Tensiones en relación al borde

La cuestión de borde es también uno de los puntos a observar al momento de hablar sobre paisaje en los entornos de los conjuntos de vivienda social, ya que la elección de su ubicación, muchas veces se realizó en función de

disponibilidad en su momento de terrenos económicos y por lo tanto alejados de los centros urbanos, cuestión que a futuro generó complicaciones en cuanto a equiparlos con la infraestructura necesaria para poderlos integrar al resto de la ciudad. Pero no sólo su ubicación los convirtió en células separadas, si no que nuevamente la búsqueda de nuevas formas mencionada anteriormente, ha sido uno de los factores que complejizó las relaciones entre estos nuevos barrios y el entorno. De esta manera, la falta de integración urbana acrecienta la fractura social generada entre quienes habitan dentro y fuera de estos conjuntos. Este es el caso de los conjuntos Piedrabuena y Padre Mugica en el barrio de Lugano, C.A.B.A, (Figura 4) construidos en diferentes épocas, pero que comparten estas tensiones en todos sus bordes, ya que su entorno es completamente heterogéneo: zonas de fábricas, asentamientos, tejido residencial de baja densidad, áreas vacantes de ferrocarril y una barrera urbana de gran impacto como lo es la autopista Gral. Paz. Todo intentando convivir en el mismo lugar.

Estas tensiones de borde forman parte de un paisaje que es necesario poner en foco y trabajar de manera simultánea desde ambas orillas, ampliando el campo de acción, para lograr desdibujar los bordes y lograr la integración, tal como lo explica Beckinschtein, (2019): 108:

En ese sentido, la integración urbana de estos conjuntos implica una suma de acciones concatenadas. Se deberán estudiar en cada uno, sus relaciones con las centralidades, ejes principales y su conexión con los barrios lindantes. La idea principal de estas acciones es desdibujar los bordes a fin de obtener la interacción con el entorno, revalorizar el espacio público y proporcionar y delimitar las transiciones entre lo público, lo privado y lo común.

Otras de las necesidades que se visibilizan a través de estas tensiones, son la acción interdisciplinaria y el acompañamiento de las familias en los procesos de integración. Manteola, (2021): 9, remarca que no sólo es una responsabilidad de la arquitectura, sino de una estructura más diversa que pueda abarcar estos temas:

Todos los barrios de trescientas a dos mil viviendas, provenientes de esta política, han sido a veces alabados y más frecuentemente denostados por la opinión pública, especialmente por su dificultad de integración al entorno. Lo que sucede es que esta deseada integración no se resuelve solamente a través de la arquitectura; la conformación de grupos sociales parece ser un proceso mucho más paulatino, lento y complejo que la construcción del barrio, y necesita también acompañamiento en su desarrollo.

Figura 4: Distintos bordes en el tejido circundante de los conjuntos Piedrabuena y Padre Mugica



Fuente: Google Maps

El concepto de colectivo

La indagación sobre el término paisaje en relación a estos espacios comunes de las viviendas sociales y su fuerte conexión con las tensiones descritas anteriormente, abre paso al concepto de colectivo, ya que se presenta como una particularidad de estos paisajes, con fuerte impronta y caracterización. Nuevamente, el diccionario nos arroja las siguientes definiciones:

- Perteneciente o relativo a una agrupación de individuos.
- Que tiene virtud de recoger o reunir.
- Grupo unido por lazos profesionales, laborales, etc.

La idea de agrupación en relación a ciertos puntos en común, da lugar a entender al paisaje como un producto social, tal como lo expresa Nogué (2007): “En efecto, el paisaje puede interpretarse como un producto social, como el resultado de una transformación colectiva de la naturaleza y como la

proyección cultural de una sociedad en un espacio determinado.”

Esta transformación colectiva refuerza la idea de un paisaje que actúa en función de las modificaciones propias de sus habitantes. Es por ello que las tensiones mencionadas anteriormente forman parte de la interrelación que se produce en estos espacios y que son en definitiva la identidad del lugar.

Venegas Pérez (2013) menciona esta reciprocidad entre territorio y sociedad, dando cuenta además de la idea de transformación constante:

El territorio y la sociedad que lo habita establecen, de este modo, una relación recíproca en la que ambos se transforman y evolucionan conjuntamente: un territorio es paisaje en tanto es percibido por la sociedad, y una sociedad es paisaje en tanto es cultura en el territorio. Territorio y sociedad son, además, paisaje en evolución: los cambios en la sociedad producen cambios en el territorio, una nueva identidad que se superpone a la antigua generando un nuevo paisaje.

Es así como un grupo social que comparte intereses y experiencias previas, actúa con fuerza en la modificación de estos paisajes.

La participación es otra de las herramientas que refuerzan el concepto de colectivo, ya que mediante su uso los habitantes logran posicionarse como verdaderos protagonistas de las transformaciones de sus espacios de hábitat. Es por eso la importancia de ejecutar acciones proyectuales en concordancia con los requerimientos de la población, tal como lo expresa Márquez, (2011): 25: “El paisaje debe diseñarse con participación social y para lograrlo hay que aplicar metodologías concretas (...) que articulen y complementen herramientas proyectuales con herramientas sociales.”

Conclusiones

Entender al paisaje en los espacios comunes desde la idea de lo colectivo, participativo, de las interrelaciones humanas, nos permite rever aquellas acciones que realizamos en este tipo de territorios. Así como indica Charrière, (2020): 11, es tarea de las distintas disciplinas, reconocer los rasgos dominantes de estos paisajes, ya que forman parte de la valoración de la población:

“(…) se consolidan en imagen y valoración por parte de la población y que se transmiten como identitarios de una ciudad. El reconocimiento de los mismos desde una amplia mirada, tiene no sólo que ver con sus características físicas, sus actividades económicas, culturales...sus ruidos y sus olores sino, y fundamentalmente, con la percepción de quienes la habitan, la visitan o la imaginan y en definitiva la ven.”

El trabajo interdisciplinario, el conocimiento de las distintas variables, la gestión responsable, permitirá llevar adelante acciones más lógicas para la mejora de estos paisajes.

Bibliografía

Libro:

Berjman, S. (2005). *Diversas maneras de mirar el paisaje*. Buenos Aires: Editorial Nobuko.

Nogué, J. (2007). *La construcción social del paisaje*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

Márquez, F. (2011). *Planificación, diseño y gestión participativa del paisaje*. Buenos Aires: Editorial Nobuko.

Artículo de revista:

Beckinschtein, E. (2019). Los grandes conjuntos de vivienda social. Un dilema a resolver. *Revista Cuestión Urbana*. Año 3 Núm. 5: pág. 105-111.

Charrière, M. (2020). La gestión pública como articuladora entre la identidad y las imágenes del porvenir. *Revista Notas CPAU*. Núm. 43: pág. 10-11.

Manteola, F. (2021). Vivienda económica. *Revista Notas CPAU*. Núm. 48: pág. 9.

Material online:

Demoy, B.; Ferme, N. (2010). La (im)plasticidad de las viviendas sociales y su adaptación a partir de las estrategias de reproducción de sus residentes. VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Recuperado el 20/06/2021 de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5800/ev.5800.pdf

Venegas Pérez, M. (2013) Paisaje, identidad y patrimonio. NMBA. Recuperado el 20/06/2021 de: <https://www.nmba.eu/paisaje-identidad-y-patrimonio/>